

RETROVISOR

MÓNICA DROUILLY H.



LIBRO DE MENTIRA

La presente edición de *Retrovisor* es de carácter promocional y está compuesta por dos de los siete cuentos incluidos en la versión completa del libro. Si te gustan los relatos que conforman esta muestra, te animamos para que consigas la versión íntegra de *Retrovisor* en www.librosdementira.cl

Con tu compra estarás apoyando el trabajo del autor y nos permitirás seguir publicando otros libros tan buenos como este.

Editorial Librosdementira



Retrovisor
Mónica Drouilly©

ISBN: 978-956-9136-26-9
Editorial Librosdementira Ltda.®
Santa Isabel 0151, Providencia, Santiago de Chile
contacto@librosdementira.org

Composición y diseño por Librosdementira
Pintura de cubierta: *Señuelo conejoide*,
por Adrián Gouet

Primera edición, mayo 2017
Santiago de Chile

* Se permite la reproducción y exposición al público total o parcial de este libro, siempre que no sea con fines comerciales o de lucro y se cite al autor y al sello editorial.

Descubre nuestro catálogo completo en www.librosdementira.cl

MÓNICA DROUILLY
RETROVISOR



LIBROS DE MENTEIRA
EDITORIAL

*Je ne raconte pas d'histoires
car j'oublie le nom des gens,
je raconte les événements dans le désordre
et je ne sais pas préparer la chute.*

No cuento historias porque
olvido los nombres de las personas,
digo los eventos en desorden
y no sé preparar el remate.

ÉDOUARD LEVÉ, *Autoportrait*

RETROVISOR

Un gato pequeño, cabezón y bastante sonriente descansa sobre una montaña de peluches de lo más variopinta: un oso gigante, un perrito de cara triste, una tortuga, una jirafa, un par de monos abrazados, varios osos chicos –muchos de ellos con corazones–, una ranita, un mapache, algún camello e, incluso, una serpiente. Enumerarlos por completo es tarea para otra ocasión. El gatito pequeño, que es gris con blanco, aunque de los colores originales quede bastante poco, lleva meses al sol, y si bien y de momento conserva su forma, la tela ya se ha desteñido, sobre todo el gris, que en su mejor momento fue muy parecido al *Gray Cloud* o, tal vez, al *Egret White*, de Sherwin-Williams, eso sí, en una versión textil y económica. Los hilos, sin embargo, aún conservan su color, por eso se puede distinguir su carita sonriente bordada a máquina con cierta prolijidad indiferente: unas cuantas líneas simplificadas para la boca y los ojos, como si fuera el dibujo de un niño, parecido a un *emoji* tierno y feliz o a una animación japonesa SD, que no es un tipo de pornografía, sino una sigla para *super deformed*, es decir, monos cabezones y expresivos, medios patiocortos y en general tiernuchos, como este gato. Es primavera. No

hay nubes ni hace calor. Pronto será de noche y la luna ya se ve recortada asomándose tras la cordillera.

En su sitio casi privilegiado sobre la montaña de peluches, el gatito de fieltro gris y blanco, que alguna vez tuvo nombre y significó algo —o tal vez lo significó todo pero ya no significa nada—, sigue un clásico proceso de deterioro que, con el tiempo, acabará con su color, su forma y sus materiales. Igual ha de suceder con el ejército de ositos, los perros tristes, un quitasol que alguien puso por ahí hace un tiempo y, en el fondo, con todo lo demás.

Como dije: no hay nubes, no hace calor y es primavera. Aunque eso a nadie le importe mucho ni tenga relevancia en esta historia.

2

Meses antes, tal vez en otoño, un conserje recoge de la basura al gatito sonriente y cabezón. Lo distingue con facilidad. Se encuentra muy visible en una bolsa de supermercado, su cabeza sobresale en medio del espacio que deja el plástico donde está el nudo. Está limpio, rodeado principalmente de papeles, ropa y sopas instantáneas vencidas. El conserje toma al gato y lo saca con cuidado, como si fuese de porcelana, sin reflexionar que es muy probable que haya caído más de cinco pisos sin sufrir daño alguno. No sabe que se llama Mao ni que *mao* significa gato en chino. Son cosas que no le afectan para nada, tal vez por eso puede llegar y tomarlo y llevárselo a casa y limpiarlo —aunque no haga falta— y verificar si las costuras siguen firmes.

El conserje trabaja en ese edificio durante los fines de semana. Como la mayoría de los conserjes, se encuentra pluriempleado y no le queda mucho tiempo para descansar. Esa semana tiene libre el día lunes y lo aprovecha para ir a pedirle a una animita que lo ayude con la salud de su nieta que tiene una enfermedad común y corriente, perfectamente abordable con un plan de salud de gama media y al que el conserje no puede acceder, tampoco su hija y mucho menos su nieta.

El lunes a media mañana, tal vez con un poco de brisa y con una nube loca y perdida atravesando el cielo, el conserje pone a Mao en la parte superior de un montón de peluches que componen lo más llamativo de esta animita medianamente famosa, algo *kitsch* y bastante poco higiénica, conocida como La Niña Hermosa, que conmemora la muerte trágica y violenta, y por cierto inesperada, de una joven que no era tan niña y que al parecer sí era muy bella.

Después de dar un paso hacia atrás para tener perspectiva de la imagen, pero también de la vida, la muerte y todas esas cosas que rondan por la mente cuando los seres queridos se enferman, el conserje mira al gato y lo encuentra muy pequeño para la santita y, definitivamente, insignificante para quienes lo botaron a la basura. Le jura a la santita que si la nieta se mejora le va a traer un muñeco gigante, un oso, no un gato, un peluche como corresponde: grande, con ojos de verdad, peludo. Promete además, como si se tratara de una de esas ofertas imperdibles que de vez en cuando se encuentran en las micros, una pulserita rosada y un Casting Crème

Gloss 834 rubio almendra, la tintura más adecuada para la santita, según las recomendaciones de la señora del conserje, que es experta en coloración y ese tipo de cosas.

3

Sin importar las condiciones climáticas, la calidad de la luz o la época del año, una animita es un alma chiquitita que deambula por ahí —por el purgatorio— antes de ir al cielo. Es común encontrar a estas almas en pena cerca del lugar donde las alcanzó la muerte, usualmente de manera trágica, tal vez sin darse cuenta todavía de que han muerto. Una animita es también un pequeño túmulo de piedra o cartón o peluches erigido en el lugar donde murió una persona. No es necesario creer en estas cosas para percibir su efecto.

4

Un choque es un encuentro violento de una cosa con otra. Un día antes o quizá dos de que el conserje sacara a Mao de la basura para transformarlo en un objeto sacrificial transitorio, una mujer limpia su casa: un departamento lleno de cosas acumuladas que no recuerda haber tenido nunca, una cantidad inmensa de objetos inútiles que no hacen honor alguno a su calidad de *souvenir*. Se enfrenta a su casa como si fuera de otro, intentando cierta arqueología biográfica que le permita justificar, de forma más o menos lógica, la presencia de tales vestigios en su vida. Lo hace metódicamente, de algún modo

reconstruyendo una historia que entendía que era suya pero ya ha dejado de serlo.

Entre las cosas que van a la basura, que son muchas y pesadas y algunas en bastante buen estado, la mujer bota a Mao en una bolsa del Jumbo junto a doce sopas de espárrago vencidas y dieciséis corbatas en distintos tonos azules que permanecían aún en su casa, a pesar de haber intentado devolverlas a su legítimo dueño que, por algún motivo, decidió dejar atrás solo la parte azul de su arcoíris de corbatas. En este ir y venir y embolsar y botar, que le toma al menos todo un fin de semana, también aparecen libros, discos, cómics, juguetes, adornos y cuatro botellas de cerveza belga que decide no tirar con todo lo demás por temor a que se rompan con el golpe y se derramen por sobre la basura, que ya está sucia, pero no necesariamente hedionda, ni pegote, ni manchada. Sería injusto que después un pobre conserje tuviera que limpiar, con todo el riesgo que existe de un corte seguido de infección. Una cosa es ser consumista, otra muy distinta es ser desconsiderada.

La mujer que hace algún tiempo le puso Mao a Mao – cuando además de ser un adorable gatito era un bonito regalo y significaba una serie de cosas agradables – y se preocupó de tenerlo visible y a mano hasta que dejó de interesarse en esas cosas, piensa que ha construido su vida, su casa y sus relaciones sobre una enorme cantidad de objetos que no le importan a nadie. Cosas que aparecieron, se acumularon y al parecer, incluso, se reprodujeron durante una vida pasada sin que ella se diera cuenta, una vida que ya no le pertenece, por lo demás, pero que de todos modos la condiciona.

Piensa que durante el último tiempo ha desarrollado un tipo particular de mal de Diógenes que consiste en coleccionar objetos de gente que ya no existe, y que su casa parece una animita de libros y cómics y juguetes antiguos en memoria de lo que han dejado de ser. Una animita hecha por nosotros mismos para nosotros mismos, piensa o tal vez dice en voz alta y sigue con su limpieza, porque pensar —o tal vez hablar— y limpiar son dos cosas que una mujer estándar puede hacer perfectamente al mismo tiempo.

En medio de tanto orden, la mujer se convence de que es momento de replantearse las metáforas y dejar de lado esa imagen pusilánime y romántica de cuerpos celestes, campos gravitacionales y órbitas tangentes que se había inventado para describir las relaciones humanas, esas relaciones que por algún momento parecieran seguir algún rumbo, que los involucrados afirman querer seguir a toda costa, pero que finalmente nadie sigue. En su nueva taxonomía ampliada de las relaciones humanas ha situado en la cúspide a aquellas que pueden ser descritas como un choque súbito, a toda velocidad, sangriento y bastante irreversible. Y que estar viva tal vez se trata de eso, de corregir para adelante, de descubrir metáforas y encontrar la mejor manera de narrarse el pasado, y que tal vez esas imágenes y esas historias, en el futuro, sirvan para encandilar a alguien y chocar de frente con su vida, tal vez a propósito, para darle forma a voluntad y ver qué pasa con una —qué siente, qué piensa, qué descubre— mientras hace que las cosas sucedan.

También es otoño y seguro que hay nubes, porque a las nubes les gusta mucho salir a pasear el fin de semana durante esta época.

Frente a la animita, mientras hace la manda y promete ampliar los regalos una vez satisfechas sus demandas, que son pequeñas y comprensibles, el conserje duda entre el Casting Crème Gloss 634 castaño miel y el Casting Crème Gloss 834 rubio almendra, dos opciones que discutió largamente con su señora. Escoge la segunda alternativa pensando que una santita buena, hermosa y rubia puede llegar a ser más efectiva que una santita buena, hermosa y castaña.

Mao, el gatito de fieltro gris y blanco que vive en la montaña de peluches de La Niña Hermosa, es a todas luces un *nuigurumi*, un clásico peluche japonés, tiernucho y *kawaii*. Originalmente, la idea de los *nuigurumis* es hacerlos a mano siguiendo patrones, coserlos por dentro con alguna acrobacia manual digna de un esgrimista experimentado, rellenarlos con cariño, paciencia y dedicación para después regalárselo a alguien significativo en alguna fecha especial que, por suerte para el comercio de este tipo de bienes e insumos, en Japón abundan, sobre todo en primavera. En estos confines de Occidente, si bien hay gente que sigue aún estos preceptos en la elaboración de figuritas, lo más común es comprar uno ya hecho en tiendas de cosas un poco emo y un poco *nerd*, parecidas a esas que se agrupan en el Portal Lyon o el Eurocentro.

Un día, el hombre que llegaría a convertirse en el de las corbatas azules ve a Mao en una vitrina y lo encuentra

perfecto para expresar un sentimiento que cree honesto, puro e infantil. Quiere llevarlo de regalo pero le molesta que sea tan poca cosa, piensa que la gente grande no le regala peluches a la gente grande, por más japonés y adorable que sea el peluche en cuestión. Se queda parado largo rato frente a la vitrina o tal vez se da unas vueltas por ahí mirando otras tiendas hasta encontrar la solución: decide que será y no será un regalo al mismo tiempo, que el gato, que todavía no se llama Mao, después de regalado seguirá siendo suyo, inaugurando una modalidad de convivencia sin separación de bienes que debería durar hasta la eternidad o tal vez un poco más. Con esta nitidez, el hombre que sería el de las corbatas azules entra en la tienda, compra a Mao y pasa a integrar ese alto porcentaje de adultos que compra peluches para sí mismos.

Hay mucho sol, casi no corre viento y hace semanas que nadie ve una nube.

7

Mientras limpia el departamento y llena bolsas y más bolsas de basura con cosas que no sabía que tenía, cosas que siempre supo que tenía pero no quería tener y cosas que recordaba tener pero que en su mente eran de otro modo, la mujer que le puso Mao al gatito de fieltro gris y blanco se da cuenta de que nunca va a envejecer junto al dueño de las corbatas azules.

Nota también que esa cantidad grosera de corbatas se acumuló desde que ya no sabía cómo comunicarse con él y que cada vez que no encontraba la manera de decir una

cosa, le regalaba un tipo nuevo de azul, como si estuviera tratando de tener un Pantone completo y personal reunido en la casa. Y piensa que debería sentir pena, angustia o desesperación. Pero siente alivio y otras cosas que se avergüenza de mencionar en público, como siempre le pasa cuando su respuesta espontánea queda muy, muy lejos de la respuesta normal para su grupo etario. Piensa en su plan de jubilación, en su ahorro paralelo, en su plan de salud, en la gestión de lo doméstico —que nunca se le dio bien—, en los amigos en común, en los muebles. Piensa mucho en los muebles y en lo complejo que será reemplazar el sofá gris *vintage* de tres cuerpos que combina perfecto con el comedor y los arrimos.

8

Mao sigue ahí, en medio de la multitud de peluches y juguetes, lejos del alcance de los perros vagos, junto a un mono de felpa que ha perdido un brazo, invisible desde la carretera, aprovechando la sombrilla en los atardeceres de verano, bajo el sol todos los días pero a veces también bajo la lluvia, y desde que la nieta del conserje mejoró y la promesa fue cumplida y un oso gigante y una pulsera rosada y un Casting Crème Gloss fueron ofrendados en agradecimiento, a nadie le importa.

9

Una joven transita en moto por la autopista del Sol, puede ser 1997 ó 1998. Está ayudando a su padre con

las cosechas o tal vez viene de los corrales. Como sea, no está haciendo carreras ni conduce borracha ni se deja manosear mientras maneja: la jovencita, que no tiene más de dieciocho pero tampoco es una niña, ayuda a transportar algo útil, trabaja con su padre y es un ejemplo para las generaciones venideras. También es guapa, es importante recordarlo, y su belleza resulta indeleble en la memoria de quienes la conocieron con o sin vida o, incluso, en la transición de la vida a la muerte.

Un poco así nace, aunque quizás no, al costado del camino, tal vez como las malezas pero también como los mitos, La Niña Hermosa: una animita bella y horrible y sucia y tierna, repleta de peluches, un poco infectocontagiosa, bajo la lluvia, bajo el sol, expuesta al viento, juntando bacterias, biodegradándose a vista y paciencia de los conductores y pasajeros que transitan por esa autopista, ya sea camino a Rapel o camino a Pichilemu o a ninguno de esos lados.

A veces, la falta de certeza en torno al origen de las animitas puede resultar molesta. Entonces: Autopista del Sol, kilómetro 22. Que sea 1998, que sea mayo. Que Astrid Alicia Soto Chamorro vaya en moto. Que el sol le dé de costado. Que el retrovisor no le anuncie lo que viene. Que en el momento en que un camión la choca por atrás, alguna mezcla favorable de neurotransmisores enloquecidos le regale un éxtasis místico reservado solo a las santas. Que distinga en un parpadeo todos los colores del otoño. Que muera rápido y que la pena y el desgarró y el dolor le pasen por el lado y queden para los vivos.

ANTÓNIMOS

Miguel llegó a mi casa de la misma manera que llegó a mi vida: por error. Mi error, por cierto. Así como le di el correo electrónico y el teléfono, con igual falta de precaución le dije que se podía quedar en la pieza chica por un tiempo, hasta que todo estuviese mejor. Ninguno de los dos se molestó en especificar qué demonios estaba entendiendo por “un tiempo”, mucho menos en describir cuantitativamente en qué consistía “hasta que todo estuviese mejor”.

Con Miguel compartíamos eso de sentirnos parte de la *Common People*. Teníamos la firme convicción de que todas esas canciones quejumbrosas de Pulp, Placebo y The Smiths habían sido escritas pensando en nosotros. En realidad, cada uno se sentía único destinatario de las letras, pero dado que nos sucedía al mismo tiempo y en el mismo lugar, se podría decir que era un sentimiento compartido. Nos conocimos en Teoría Literaria I. Martes y jueves de diez a once y media. Ninguno de los dos pertenecía a la carrera de Letras, éramos un poco mayores que nuestros compañeros de clase y nos sentábamos solos al fondo de la sala.

Le dije a Miguel que se instalara en mi casa un día hablando por Messenger. Me logueaba como “Prnz

Mononoke” y él como “UnCuerpoUnTxt”. Ese día su *nick* era “Busco casa para recuperación” o algo de ese estilo. Me contó que había tenido un accidente y que lo habían echado de donde estaba viviendo. Que necesitaba un lugar para recuperarse. Que no era grave. Nada grave. Pero bueno, un lugar con techo y baño nunca está de más. Le ofrecí la pieza chica. No tiene cama, le dije. No importa, me dijo, solo necesito un espacio para dormir y dejar mis cosas, podría dormir en una bodega. Al día siguiente comenzamos a vivir juntos.

Ese día que llegó a mi casa, Miguel de algún modo se saltó la conserjería y apareció directo en la puerta. Ding dong. Cuando abrí me emocioné al verlo, pero no alcancé a abrazarlo como en las películas. Al saludar me reveló una extraña sonrisa plateada: por un momento creí ver que sus dientes eran de metal. Él notó mi reacción y me dijo, con la misma sonrisa petrificada, solo moviendo los labios, que todo estaba bien, que tenía la mandíbula quebrada, que los fierritos que tenía en los dientes la sostenían, que lo operaban el miércoles y que era un procedimiento muy sencillo. Traía una maleta, una mochila y unas bolsas. Agarré la maleta y lo ayudé a entrar al departamento. En el living dejamos todo sobre el sillón. Nos sentamos en unos sitiales horribles que tenía en esa época. Le ofrecí algo para tomar y aceptó un té. Le acerqué unas galletas que estaba comiendo y, sin dejar de sonreír, con el índice derecho me indicó una zona imprecisa entre su mentón y su boca.

La pieza chica no merecía llevar ese nombre. Es una pieza de doce metros cuadrados con baño privado, clóset,

ventanales y piso de parqué. Se ganó el nombre de chica porque la otra habitación era enorme: la fusión de dos piezas normales. Antes de que llegara Miguel, la usaba para guardar cosas de uso periódico pero no diario, como la enceradora, las sábanas, la plancha, la tabla de planchar, la ropa de cama y mi ropa de invierno. En el baño chico, que tan chico no era pero estaba en la pieza chica, había instalado la lavadora. Tendríamos que compartir la tina del baño grande, al que, durante el tiempo en que estuvo Miguel, le puse *mi baño* en un inconsciente acto territorial del habla al que no le encontré sentido en ese momento. Vivía sola en un departamento diseñado para una familia con dos hijos.

Tiramos un colchón inflable en la pieza chica. No alcancé a despejar completamente los estantes. Miguel usaba su maleta de clóset. Sacó un par de cosas esenciales para tener a mano. Una cajetilla de cigarros medio aplastada, un cuaderno, *Vigilar y castigar* y *Las amantes*, de la Jelinek. Su ropa ocupaba poco espacio, Miguel era muy delgado y no muy alto. Sería unos tres centímetros más alto que yo. Usaba los pantalones y las camisas muy ajustados y trataba de llevar una barba descuidada de tres días. Incluso después de la operación su mandíbula siguió firme, muy cuadrada, y casi no guardaba relación con el resto de su cuerpo, tan frágil. Había algo animal en su mirada, un poco simiesca, tenía los ojos demasiado juntos y hundidos. Sin llegar a ser Neardenthal, tenía algo de Cromagnon.

Para el terremoto, Miguel y yo ya vivíamos juntos. Esa noche él estaba quién sabe dónde pero no en casa. El remezón lo pilló en otro lado, en un lugar seguro, imagino, porque al día siguiente volvió como a las cuatro de la tarde cargado de frutas y verduras. Había un kilo de frutillas para mí en medio de zapallos, cebollines, pimientos y tomates para él. Hasta el momento en que llegó con los víveres, con mis frutillas a cuestas y contando cómo había sobrevivido, no había notado su ausencia.

En ese momento no me había dado cuenta, pero sentía por Miguel un cariño parecido al que se tiene por el perro de un vecino. Era parte de mi vida. Me gustaba saber que estaba ahí, le hacía morisquetas y me ponía triste si no reaccionaba. Cuando aparecía con peinados nuevos, tenía ganas de chasconearlo, de hablarle como se le habla a los niños, con la voz aguda, haciendo ruidos, muchas veces sin decir nada. Si me lo hubiesen pedido, lo hubiera cuidado un fin de semana entero para aprovechar de hablarle seriamente, no para que me pusiera atención, sino para escuchar de vuelta el sonido de mi voz. De ahí a adoptar un perro, tenerlo en casa, hacerse cargo de su alimentación y de sus desechos, preocuparse de su salud y gestionar la burocracia de su muerte, hay un trecho enorme.

El día en que se cumplieron tres meses, llegué a casa y sentí un intenso olor a cera para pisos de madera, seguro que Nugget o Brillina. En la mesa del comedor encontré las llaves sobre un papel de cuaderno garabateado con

unas letras enormes que decían “Gracias por todo”. Eso fue lo último que me dijo. No alcancé a despedirme de él.



En el tiempo de la universidad, mucho antes de vivir juntos, a Miguel lo reencontré en el curso de Análisis de Textos Literarios Hispanoamericanos. Nos pasamos todo el curso hablando de Foucault y Deleuze. Del panóptico y la disciplina y la sexualidad y la locura y del cuerpo sin órganos. De los cuerpos que importan y de los constructos sociales. De Judith Butler y Homi Bhaba y la subalternidad y la cosa postcolonial. Y también de Guattari. Seguro que también pasamos algún rato hablando de Guattari. De Derrida y Lacan nadie dijo nada. Había un poco de melodrama y una pizca de autores latinoamericanos. No logro recordarlos con exactitud. Digamos que vimos a Canclini y a la Sarlo, por decir alguna cosa.

Nuestra amistad era hermosa como un abismo. El atractivo del vértigo era el elemento magnético de su personalidad. Así fue cuando nos conocimos. Era esa sensación la que quería revivir cuando lo invité a casa y le di una copia completa de mis llaves. Porque al volver del trabajo me gustaba hablar con Miguel de lo que habíamos hecho durante el día. Después de un rato ya estábamos conversado de nuestras últimas lecturas o haciendo análisis crítico del discurso a las conversaciones de oficina. Así pasamos las primeras semanas de nuestra convivencia.

A veces, cuando ordeno papeles antiguos, encuentro cartas, boletas y evaluaciones de Miguel. Creo que durante el tiempo que vivió conmigo estuvo trabajando en una novela.

Sé, por uno de los documentos, que no era muy disciplinado trabajando en el *call center*. Tenía alta inasistencia y solía llegar tarde. Sin embargo, su tasa de resolución de problemas era sobresaliente.

Hasta que llegó Miguel con su sonrisa plateada, no había tomado conciencia de mi propio cráneo. De su aparente firmeza, de la fragilidad de sus uniones. Solo me había preocupado de mi mandíbula cuando me quitaron las muelas del juicio y mi cara perdió su forma por unos días. La dificultad del reconocimiento de las propias facciones es algo que siempre me ha llamado la atención. Mirarse al espejo y no saber quién está al frente. Buscar en esos rasgos alguna pista sobre una supuesta verdad que se oculta detrás de la piel. No creo llevar la cara que merezco. Tampoco Miguel, ni siquiera después de lo que le pasó. Esa parte donde la mandíbula se une al cráneo, que puede desencajarse frente a una gran sorpresa, comenzó a llamar mi atención cada vez con más intensidad.

El *call center* donde trabajaba Miguel era parte de un proyecto de externalización de servicios para Telefónica. La oficina atendía llamados en español relacionados con problemas de wifi. Él prefería decir internet, tv cable y telefonía. A veces, por error, se colaban llamadas en portugués, había todo un protocolo para redireccionarlas.

Casi nunca sucedía, pero existía el riesgo de que llegaran llamadas en francés, italiano o rumano. Sobre la mesa de trabajo solo se podía tener un lápiz y un cuaderno. Miguel decía que estaba prohibido tener un libro o un celular, la idea era evitar distracciones innecesarias.

Las primeras dos semanas que Miguel vivió conmigo, no fue a trabajar. Eso de tener la mandíbula inmovilizada era bastante incompatible con la atención telefónica de problemas de gente porfiada. Esos días se quedó en casa. Me las arreglé para acompañarlo a la hora de almuerzo un par de veces. Comía yogurt con jalea. Tomaba té. Se puso más flaco. Cuando yo no estaba, hurgueteaba en mi biblioteca. Después me comentaba los libros que le parecían interesantes. Para marcar las páginas, usaba cualquier papelito: el comprobante de carga del Metro, la cubierta de los cigarros, una boleta de supermercado. Nunca nos pusimos de acuerdo, pero ninguno le sacaba comida al otro. Fuimos muy respetuosos al respecto. Ni una cucharadita de azúcar ni una pizca de sal fue utilizada sin permiso.

Algún tiempo después de que me devolviera las llaves, encontré algunos de sus escritos a mano. Tratando de ordenarlos, pensando que tendrían algún valor, noté que eran notas autobiográficas. Leí por ahí y por allá, sin querer pasar a llevar los vestigios de su espacio privado, las hojas sueltas que encontré en la pieza chica. Ahora sé que en ese momento de su vida Miguel no sabía si dárselas de Truman Capote o de Reinaldo Arenas. Ninguno de los

dos calzaba completamente con su autoimagen de genio incomprendido en pleno siglo XXI.

Una cosa que nos gustaba mucho era verificar la relación entre etimología y fonética. Hablábamos con mucha propiedad, como si supiésemos doce idiomas cada uno y en la casa de nuestros padres solo se hablara latín y griego. Muy patudos. *Frumos, formosus*, hermoso. Rumano, latín, español. Nos pasábamos mucho rato haciendo ruidos: “pe, be, pe, be, ve, fe, fe, fe”. Nos reíamos mucho. Pasara lo que pasara, terminábamos mostrándonos los dientes. A fin de cuentas, la efe es sorda, fricativa y labiodental, como la sonrisa de un conejo.

A veces, al salir al living, me encontraba a Miguel con la mesa llena de papeles, tomando una cosa de aquí y una de allá, mordiendo el lápiz, muy concentrado. Cuando le preguntaba si estaba escribiendo, me decía que no, que sí, que no sabía, que eran esbozos. Si me acercaba para leer lo que había hecho, él trataba de esconder los papeles escritos de su puño y letra. Yo no insistía. Alguna vez, para cambiar de tema, le pregunté por la fractura: “¿Todo bien con la...?”, y agarré mi propia mandíbula para moverla de un lado a otro. Tampoco fue claro al respecto.

Trato de hacer memoria y no estoy segura del momento exacto en que noté su presencia en clases. Miguel no pasaba desapercibido. Pienso que, dado a lo llamativo que era, debería haberlo visto desde el primer día. Sin embargo, no fue así.

Uno de los escritos de Miguel que encontré en la pieza chica: “Lo penetrable, abierto al fluido, a la violencia; se espera de ello pura receptividad... no actúa, se le concede la capacidad de acción, no habla, otorga posibilidad de intercambio oral. Y el ejercicio se repite constantemente, la pregunta es *on/off*, te enchufo, te enciendo, binaria, sí o no, blanco o negro. Y la(s) respuesta(s) se escapa(n), escurre(n) y se desplaza(n) en el enorme continuo que se sitúa entre —y por sobre— las categorías permitidas”.

A Miguel le gustaba cocinar una mezcla enorme de arroz salteado con verduras y tomate. Cuando ya estaba mejor, se metía en la cocina y cortaba trozos pequeños de zapallito italiano y cebollín. Aparte dejaba el tomate en cubitos y lo reservaba para el final. Salteaba las verduras cuando al arroz le faltaba unos cinco minutos, usaba aceite de oliva. Cuando estaba casi listo, mezclaba todo en la más grande de mis sartenes, le ponía ajo, mucho ajo y varios chorritos de salsa de soya. Combinaba todo revolviendo varias veces. Cuando ya había apagado el fuego, arrojaba los tomates encima para que no estuviesen ni helados ni cocidos. Después servía la preparación en un plato soperero o en un bol.

Cuando jugábamos a la fonética, el tiempo desaparecía. Creo que esos fueron nuestros mejores momentos. Esos días, sin importar lo que hubiese pasado en la oficina o si había desaparecido alguna copa o si el baño estaba sucio, me iba a dormir con la sensación de haber hecho lo que tenía que hacer, de haberme hecho un regalo perfecto.

Solo al apagar la luz me daba cuenta de que de nuevo se me había olvidado preguntarle por su mandíbula, por lo que había pasado y, sin embargo, de algún modo sentía que él estaba bien.

El britpop se consagra en el *top five* de mi educación emocional. En el caso de Miguel, se sube al podio. De manera resumida, Miguel podría ser descrito como un híbrido entre Brian Molko y el *flâneur* de Baudelaire. Estuve mucho tiempo convencida de que era un genio incomprendido, adelantado a nuestro tiempo. No es que crea en las vanguardias, pero sin duda mi amigo merecía ser parte de ella. Su problema era que estaba más allá. Más allá de las vanguardias. Más allá de nuestro tiempo. Más allá de la posmodernidad y más allá de la post-posmodernidad.

A decir verdad, yo nunca he leído a Guattari. De hecho, hasta hacía poco escribía “Watari”.

Como Miguel no tenía computador, ocupaba el mío mientras me encontraba en la oficina. Chateaba mucho y casi siempre estaba trabajando en el comienzo de algún texto. La mortalidad infantil en su obra espantaría a la Organización Mundial de la Salud.

Cuando preparaba su arroz con verduras, Miguel siempre pelaba los tomates. Eso me gustaba. No soporto un tomate con cáscara. Para dejarlos en cubo, primero los cortaba en rodajas, los apilaba y con un cuchillo trazaba un mini tablero de ajedrez. Así obtenía unos cubitos perfectos. El secreto estaba en el cuchillo japonés de acero

inoxidable que había comprado hacía unos meses con el único fin de tener una cocina más acorde a un adulto joven. No supe, hasta que lo vi cocinando, que Miguel le daría tan buen uso.

Otro de sus papeles decía: “Circulan cuerpos por la ciudad, flujos e intensidades que se rebelan ante cualquier intento por concederles una zona simbólica para sus *performances*”.

Cuando pensaba en las condiciones que se dieron para que viviéramos juntos, inevitablemente terminaba con mis manos en la mandíbula. Abría y cerraba la boca. Con los dedos trataba de ver qué se movía cuando empujaba la mandíbula hacia abajo. Buscaba diferencias y semejanzas: ¿Da lo mismo abrir la boca rápido o lento? ¿Qué pasa cuando hay un ruido? Descubrí que luego de un rato de abrir y cerrar la boca, el lado izquierdo de mi cara comenzaba a hacer un ruidito, un sonido que hasta hoy es seco, pero también ha sido rasposo, atascado, como si acusara al movimiento de algo antinatural. No existe relación entre la posición que tenga y el sonido que sale de mi cuerpo: pasa lo mismo si estoy de pie, sentada o acostada. En algunas versiones del experimento, muevo la mandíbula hacia los lados. En esas ocasiones trato de imitar la mecánica de un golpe: ¿cómo reaccionan los huesos frente a un impacto lateral, por ejemplo? ¿Se desplazan? ¿Se giran? ¿Ponen resistencia? Y si el golpe es desde abajo, ¿se mueve la cabeza entera? ¿Cuánta fuerza necesitamos ejercer para romper un hueso? ¿Para soltarlo?

¿Para desgarrar la piel y separarlo definitivamente de su cuerpo?

Miguel y yo fuimos amigos por cuatro años, siete meses y unos cuantos días.



Miguel no creía tanto en el *flâneur*, él estaba convencido de ser el resultado intertextual entre Brian Molko y los poetas malditos. Cultivaba una decadencia estética persistente, representando con cuidado su papel de genio incomprendido al borde del abismo. Ahora pienso que no creía en el esfuerzo y que su legado, en caso de existir, estaba en su forma de vida.

Muchas veces, después de llegar del trabajo, me instalaba frente al computador para pagar cuentas o hacer trámites. En ocasiones, incluso, se me ocurría revisar el mail. Esos días Miguel se frustraba por tener que dejar de lado su proceso creativo y se ponía a escribir en hojas de papel tamaño oficio. A veces era muy cauteloso con esos textos. En otras oportunidades le daban lo mismo y los textos aparecían tirados por la cocina, el living o el baño.

La mejor manera de pelar los tomates era con calor. Hay gente que hierva agua y tira los tomates adentro con una crucecita cortada en la base. Así después los pelan al tirar de cada una de las esquinas. La piel se desprende sola. En esa época, mi cocina no estaba enteramente equipada.

La única olla la ocupaba él para hacer el arroz. Para pelar los tomates, Miguel les hacía la cruz en la base y luego los apuñalaba con un tenedor en la parte donde se une la raíz al fruto, como un cordón umbilical. Encendía uno de los platos de la cocina y asaba el tomate apuñalado partiendo por la cruz. Este procedimiento tenía el mismo efecto que tirar los pobres tomates al agua hirviendo. Me gusta pensar que, como se quemaba de a poco y no de una buena vez, el tomate no se enteraba de sus quemaduras hasta que ya estaba sin piel. Desnudo.

Mientras Miguel cocinaba, generalmente yo le decía lo que había hecho en el trabajo. Solía quejarme con cierta excitación de mi ocupación tan iletrada y poco cultural y él me contaba con detalle los casos que había atendido durante el día. Un par de veces le pregunté por lo que le había pasado, cómo se había fracturado la mandíbula, pero se escapaba de la pregunta con elegancia, a veces escondiéndose detrás del vapor que soltaban los tomates, otras veces detrás de una larga anécdota protagonizada por un cliente que no sabía reiniciar un computador.

No es cierto que nunca le saqué comida a Miguel. Tiendo a pensar que él no me robó comida a mí. Una vez pedí prestado un tomate. Fue una petición mental. Me pareció muy engorroso pelarlo con fuego, así que agarré el cuchillo japonés y comencé a pelarlo como si fuese una manzana. Pero un tomate no es una manzana; suele ser más blando y resbaloso, se deforma al apretarlo, requiere de algunas habilidades motrices que yo no tengo. Cuando terminé de pelar, le había quitado casi

toda la carne. Quise cortarlo en cubitos y pasé de largo, me corté la palma de la mano izquierda con el cuchillo japonés de acero inoxidable: no había riesgo de tétanos. Dejé el tomate sobre la mesa, junto al cuchillo, y puse mi mano llena de sangre, tomate, jugo y pepitas bajo el agua fría. Era un tajo pequeño si se toma en cuenta la fama del cuchillo. Los restos del tomate se fueron rápidamente por la cañería junto con mi sangre, que no se decidía a dejar de salir, como si por fin le dieran permiso para conocer el mundo. Corté el agua y ahuequé la mano. La sangre se empezó a acumular en la concavidad que formaba mi palma y no dejaba ver la piel cortada, esa piel que hasta hacía un momento era una o pertenecía a lo mismo y que de pronto se vio separada por la mitad, que no sabe qué hacer con su dualidad y pareciera mirar hacia el frente y reconocerse más en el otro lado de la cortadura.

Giré la mano para que cayera la sangre y me dejara ver el tajo. Ahora ya son dos, le dije a la mano o tal vez a cada lado del corte. Me quedé así, mirando, hasta que el flujo se detuvo. Tomé una servilleta, me limpié la mano y el lavaplatos, tiré a la basura los vestigios del tomate y salí a la farmacia: el alcohol, los parches curitas y el algodón estaban en la pieza chica, pero no era momento de ir a explorar a esos lados. Para evitar infecciones, llevé una venda en la mano por varios días.

Cambiaba las sábanas todas las semanas. Más de una vez pasó que el día de cambio Miguel estaba muy encerrado en la pieza chica y yo no podía entrar a sacar un nuevo juego. Tampoco podía lavar mis sábanas sucias. Primero compré unas sábanas lisas de 280 hilos,

después unas con un bordado que no me convencía del todo pero eran de 400 hilos y estaban de oferta. Me gustó mucho esa ropa de cama tan suavcita. Era como estar en una habitación de hotel. Todo lo que necesitaba en mi pieza. Seguí así un tiempo. Llegué a tener siete juegos completos.

Con el tiempo, empecé a disfrutar mucho de mis experimentos mandibulares. Al abrir la boca permitimos voluntariamente la entrada al cuerpo de las amenazas que hemos dejado afuera, no es un acto trivial, a veces también dejamos salir cosas, sonidos, principalmente. La mandíbula funciona como una compuerta frente a una represa interior. Mis experimentos no contestaban las preguntas sobre la naturaleza mecánica de la fractura que había sufrido Miguel. Tenían el efecto contrario, cada vez acumulaba más dudas. ¿Qué hay que hacer para que te rompan la cara de ese modo? Lo que le había pasado a Miguel no era un accidente cualquiera, no lo había atropellado un ciclista o se había caído por culpa de una raíz muy crecida. Había un secreto detrás de su lesión y no quería incluirme en él. ¿Qué se siente con un golpe así? ¿Se entumece la cara? ¿Es un dolor agudo? ¿Es intermitente? ¿Hasta cuándo duele? ¿De cuántas maneras? ¿Duele al golpear? ¿Duele la mano, los nudillos, la muñeca? ¿Duele el codo? La mandíbula es dura. Si le pego a la muralla me duele hasta el hombro. ¿Habría sido una patada? ¿Voladora y acrobática o cobarde y en el piso? Mientras más me adentraba en el dolor que pensaba había sufrido Miguel, más importancia le daba

al otro lado de la historia. Quería saber qué se siente al afectar irremediamente la materia, sobre todo si se trataba del cuerpo de otra persona.

Una mañana, mientras cada cual se preparaba el desayuno, Miguel vio mi mano vendada y me preguntó qué me había pasado. Es un secreto, le dije, en esta casa todos tenemos secretos. Le sostuve la mirada unos segundos esperando que hablara de su mandíbula. Se puso a comentar lo rico que era el pan con palta. Tuve que estar de acuerdo.

Cuando se acercaba fin de mes, el trabajo en la oficina se volvía más pesado. Esos días volvía tarde a casa. No tenía a esas alturas ganas de ninguna charla. Una de esas veces llegué y Miguel se estaba bañando. Se oía la ducha. Me dio lata molestarlo. Fui a la cocina y saqué una botella pequeña de coca-cola del refrigerador. Estaba lleno de zapallitos italianos, cebollines y pimentones. Se veían armoniosos los pimentones, como una bandera africana: rojos, verdes, amarillos. Aproveché de pasar al baño chico para lavarme la cara y las manos. Vi que no quedaba detergente y lo puse en la lista del supermercado. Me acosté vestida encima del cubrecama, pero solo un rato, me dije, hasta que dejara de sentir la caída del agua. Estaba cansada, tenía sueño, no tenía hambre, en la oficina habíamos pedido unas pizzas. Pasaba eso todos los fines de mes. Me quedé un rato mirando el techo. No tenía energía ni para mover la mandíbula. El agua seguía corriendo. Me desperté a las dos de la mañana cuando

me di vuelta y se me enterraron las llaves en la cadera. La luz del baño estaba apagada, el agua ya no se oía. Salí de la pieza sin hacer ruido, me lavé los dientes. Volví a mi pieza, me puse pijama y dejé el despertador a las cinco cincuenta y cinco de la mañana. A esa hora, suponía, el baño estaría desocupado.

De nuevo Miguel: “La construcción y establecimiento de estas zonas de entretención tiene como objetivo buscar la normalización institucional, la territorialización de un ámbito que deviene en institución de encierro. De este modo, no habría mayores divergencias entre el hospital, la cárcel y el manicomio”.

Con Miguel la casa había agarrado olor a comida. Tenía un dejo a aceite caliente, a verduras salteadas, un poco a grasa, a restos aún sin botar: esa cosa mitad ácida y mitad dulce pero también podrida que tienen las frutas y verduras que ya maduraron. Miguel también trajo consigo un champú que yo no conocía, una mezcla entre química y fruta que se apoderaba del baño cada vez que se duchaba. No era de mi agrado. Eso sí, debo reconocer que el olor de su ropa me gustaba. Tal vez porque los dos usábamos el mismo detergente.

Una noche llegó tarde, de madrugada. Me despertó el ruido que hizo al tirar la cadena del baño. Estábamos prontos a celebrar los tres meses de convivencia. Me levanté para retarlo por el escándalo pero nos pusimos a conversar, hacía tiempo que no nos veíamos. Se le había

corrido el delineado, vestía sus pantalones ajustados y una polera talla xs. Yo llevaba mi pijama de conejo y la venda en la mano izquierda. Parecíamos antónimos. Éramos antónimos. Fuimos a la pieza chica, le pregunté por la mandíbula. Me dijo que no quería hablar de eso. Pero ¿te duele?, le dije, ¿o ya no tanto como antes? Volvió a decir que no quería hablar de eso. Solo quiero saber qué se siente, le dije, ¿fue un combo o una patada? ¿Te acuerdas de cómo fue? Se me escapaban las preguntas que venía cultivando hacía semanas.

Me pidió que no le preguntara más y que lo dejara solo. Me acerqué y tomé su cabeza con mis manos: ¿Te duele si hago esto? Agarré su mentón y comencé a moverlo, como en mis ejercicios mandibulares. ¿Te duele esto? Miguel no contestaba. Y si te pego, ¿te duele? Le golpeé con mucho cuidado la mejilla izquierda. Vi miedo en sus ojos y me gustó. Le pegué de nuevo, esta vez de verdad, un golpe que venía desde la cadera, subía por el tronco, impulsaba el hombro y terminaba en mi puño modificando su cara. Se puso a llorar. Le dije que no llorara, que no era para tanto, que era un experimento, que ya terminábamos. Miguel emitía un ruido raro, mezcla de respiración entrecortada, sollozo y grito ahogado. Me acerqué para hacerle cariño en el cuello, le pedí disculpas. Tienes muchos secretos, le dije. Miguel no dejaba de llorar, de hacer ese ruidito. Me acerqué más todavía y comencé a ahogarlo con las dos manos para que se callara. Me gustó sentir cómo se movía su laringe. Miguel no se defendía, todo lo que hacía era meter ese ruido, amplificarlo, modularlo. Yo seguí presionando

su cuello hasta que sentí un tirón en la mano izquierda. Me detuve, vi la venda manchada de sangre, a punto de gotear, se había abierto y el tajo había ensuciado la polera xs de Miguel. Quise limpiarlo y lo dejé como estaba. Lo siento, lo siento de verdad, le dije y me fui de la pieza chica.

Al día siguiente salí muy temprano, tenía algunos compromisos ineludibles. Pensé en hablar con él pero me pareció incómodo hacerlo a esa hora. Miguel ya se había ido cuando volví a casa. Nunca pude probar su arroz con verduras.

ÍNDICE

RETROVISOR	9
ANTÓNIMOS	21
MUJER CON TORTA DE MIL HOJAS	43
DOMÉSTICOS	53
DOLOR EXQUISITO	71
CROQUIS ESTIVAL CON BRISA LEVE	87
COSMOGONÍA INVERNAL AÚN EN TRÁNSITO	101

La presente edición de *Retrovisor* es de carácter promocional y está compuesta por dos de los siete cuentos incluidos en la versión completa del libro. Si te gustan los relatos que conforman esta muestra, te animamos para que consigas la versión íntegra de *Retrovisor* en www.librosdementira.cl

Con tu compra estarás apoyando el trabajo del autor y nos permitirás seguir publicando otros libros tan buenos como este.

Editorial Librosdementira

